

laza & Janés ha recopilado la obra de la arcelonesa Ana María Matute en una biototeca de bolsillo con nombre propio.

Las bellas fotografías de las cubiertas de la colección —muchas de Robert Capa— reflejan esa mirada sensible con la que Matute ha descrito la España de este siglo.

La 'akadémika' con ojos de niña

Ana María Moix

Esta mujer afable, de pelo blanco y aspecto bondadoso, que habla con un hilo de voz y derrocha simpatía, cuyo sumo despiste la lleva a abrir la puerta del armario ropero para salir de casa y es capaz de abrir la puerta de la casa para coger un refresco de la nevera, es una de las más grandes escritoras de la literatura en castellano a lo largo del presente siglo. Miembro de la Real Academia de la Lengua, donde ocupa el sillón correspondiente a la letra k, y varias veces candidata al Premio Nobel, Ana María Matute (Barcelona, 1926), nuestra *akadémika*, pertenece a esta clase de escritores para quienes la literatura es una manera de ser, de vivir y de sentir. Lo que equivale a decir que es una persona para quien la realidad no es ese entorno exterior, más o menos extenso, más o menos concreto y más o menos medible y reconocible que percibimos la mayoría de los mortales, sino un misterioso, intrincado e inabarcable bosque cuyo recorrido sólo se puede hacer en solitario y de donde nadie ha salido nunca siendo el mismo que era. Es el precio que hay que pagar a cambio de un conocimiento que nadie ha logrado demostrar si es recompensa o condena.

Matute publicó su primer libro a los 18 años. Aquel primer título, *Los Abel* (1948), iniciaba una obra que comprende 11 novelas (*Pequeño teatro*, *Los hijos muertos*, *Primera memoria*, *Los soldados lloran de noche*, *La trampa*, *La torre vigía*, *Las luciérnagas* y, entre otras, *Olvidado Rey Gudú*), ocho volúmenes de relatos (*Historias de la Artamila*, *El tiempo*, *El río*, *Los niños tontos* y *Fiesta al noroeste*, entre otros volúmenes) y varios títulos de literatura infantil (como *Sólo un pie descalzo*, *El verdadero final de la Bella durmiente* y *El polizón del Ulises*).

La guerra civil española, la desolación como paisaje moral de los años de posguerra, la rememoración de la infancia como irreparable pérdida de la inocencia y el descalabro humano dominante en una sociedad en la que los más débiles sucumben bajo la impiedad de los poderosos conforman, en líneas generales, el trasfondo temático de su obra narrativa.

Poseedora de una escritura apasionada, lírica y punzante, hecha de símbolos, imágenes y metáforas básicamente sensoriales, Matute, nuestra *akadémika*, ha creado una galería de personajes inconfundibles. Personajes dotados todos ellos de una sensibilidad doliente, *dostoievskiana*, que aparecen como seres desprotegidos frente a la aspereza de una realidad creada por gentes entregadas al odio y al rencor, al egoísmo y a la traición, a la envidia y al recelo. Ante la brutalidad y el sinsentido de la guerra civil, ante una humanidad dividida entre vencedores y vencidos, entre los ejecutantes del poder y los desheredados de la fortuna, los protagonistas de las novelas de Matute, esos *hijos muertos* que abren los ojos al dolor, al odio, al amor y a la injusticia,



FERRERES

transidos por un sentimiento de piedad que les anula para condenar a los causantes de tanta desolación y, también, para sentirse integrados a una trama social hecha de trampas e hipocresías, sobreviven merced a una energía telúrica que los escuda de su entorno. Un halo angélico parece envolverlos para salvarlos, si no de la incomprensión y de la injusticia, sí de la degeneración sensitiva y anímica que acaba por aniquilar lo único y personal que anida en cada ser humano antes de la edad de la renuncia a los sueños de belleza y perfección para entrar a formar parte del mundo de los *mercaderes*.

"Sólo los adultos que conservan en su interior algo del niño que fueron se salvan de la mediocridad y de la miseria", escribió nuestra autora. Esa clase de adultos existe. Hay pocos, pero existen. A veces, incluso podemos reconocerlos: son de apariencia suave, pero defienden sus sueños con fiereza; sonríen por los ojos y hablan con la mirada. Son, resumiendo en pocas palabras, como nuestra *akadémika*. Mírenla. Es decir, léanla.